Era Marx un Sectario?

EDMUNDO SEIDEL
(De "The Socialist Review")

Se cita tan a menudo a Marx como a una autoridad en cuanto a prácticas políticas que tiendan a dividir y a perjudicar el movimiento socialista, dando lugar a sectas separadas, que un examen de la actitud en estas materias se hace necesario.

Marx fué un hombre de estudios y un pensador, pero fué también algo más que eso. Fué un hombre de acción. Sus actuaciones en la Liga Comunista y en la Asociación de Obreros Internacionales le puso en contacto vital con hombres y cosas y exigió de él la adopción de una línea práctica de conducta. Se vió así obligado a aplicar su filosofía a acontecimientos concretos y especialmente al desarrollo de un movimiento obrero ajustado a las líneas generales de su filosofía.

¿Procedió Marx con el espíritu de un sectario? Una secta implica existencia faccional, separada, que a menudo lleva consigo un elemento de estrechez e intolerancia. Un sectario se distingue por sus opiniones circunscritas, siendo el dogmatismo una de sus características.

Engels sobre cuestiones americanas

En enero 27 de 1887, Engels, en una carta que escribió a Mrs. Wischenewetzky, resume así la actitud de él mismo y de Marx:

"El movimiento en América, en este mismo momento, se puede ver mejor, a mi juicio, desde este lado del Océano. Sobre el terreno las disputas locales y las rivalidades personales tienen que obscurecer mucho de su grandeza. Y la única cosa que podría de veras retrasar su marcha, sería la consolidación de estas diferencias en sectas establecidas. Hasta cierto punto esto es inevitable, pero mientras menos haya de ello, mejor. Y los alemanes (eso es, los alemanes socialistas de los Estados Unidos) tienen que guardarse bien en este punto. Nuestra teoría es una teoría de revolución, no un dogma para ser aprendido de memoria, ni para ser repetido mecánicamente. Mientras menos se les predique a los americanos desde fuera y mientras más aprendan mediante su propia experiencia—complementada por la participación de los alemanes—más hondamente penetrará la idea en su carne y en su sangre. Cnando volvimos a Alemania, en la primavera de 1848, nos incorporamos al partido demócrata como el único medio posible de hacernos oír de la clase obrera. Eramos el ala más avanzada de este partido, pero no éramos más que un ala de él.

"Cuando Marx fundó la Internacional, él redactó las reglas generales de tal modo que todos los socialistas de la clase obrera de aquel período pudieran unírsele: los proudhonistas, los pierrelerouxistas y hasta las más avanzadas huestes del tradeunionismo inglés. Y fué sólo mediante esta latitud que la Internacional llegó a ser lo que fué, el medio de ir disolviendo y absorbiendo gradualmente todas estas sectas menores, con excepción de los anarquistas, cuya súbita aparición en varios países no fué sino el efecto de la violenta reacción burguesa que hubo después de la Comuna y que, por lo tanto, podíamos dejar que fuese muriendo por sí mismo, como sucedió en efecto.

"Si nosotros desde 1868 hasta 1873 nos hubiéramos empeñado en no laborar conjuntamente sino con aquellos que adoptasen completamente nuestro programa, ¿dónde estaríamos hoy? Yo creo que nuestra práctica ha demostrado que es posible laborar dentro del movimiento general de la clase obrera en cada una de sus etapas sin renunciar por ello a nuestras convicciones personales en ningún momento, y yo temo que si los alemanes-americanos escogen una línea de acción diferente, cometerán un gran error."

Las referencias que hace Engels aquí a «sectas establecidas», y su afirmación de que "mientras menos haya de ellas mejor," señalan suficientemente cuál era la actitud marxiana sobre la cuestión del sectarismo: ni Marx ni Engels querían cuentas con él. La otra referencia que hace al «dogma», ridiculizándole, establece más allá de toda duda que estos creadores del marxismo tenían de todo menos de dogmáticos. Su aplicación de la teoría a la práctica no era «dogmática»; era «práctica».

Tampoco se puede decir que las observaciones de Engels sobre este punto forman un caso aislado. El sostiene la misma cosa

en una carta que le escribe a Mrs. Wischnewtzky, en diciembre 28 de 1886.

"Es mucho más importante que el movimiento se extienda, que prosiga armónicamente, que arraigue y abarque tanto como sea posible a todo el proletariado americano, que el que obedezca desde el principio a los más puros principios teóricos.

"No hay mejor camino para la claridad de comprensión de las teorías que el aprender de nuestros propios errores, «durch Sharen klug werden». Y para toda una enorme clase no hay otro camino, especialmente en una nación tan eminentemente práctica y tan desdeñosa de la teoría como los Estados Unidos. Lo importante es el lograr que la clase obrera se mueva como una clase; una vez obtenido esto, ellos no han de tardar en encontrar la dirección correcta, y todos aquellos que resistan, Henry George o Powderly, serán dejados atrás al frente de sus pequeñas sectas propias. Por lo tanto, yo creo que también la Sociedad «Caballeros del Trabajo» (Knight of Labor) es un factor de los más importantes en el movimiento al cual no debe mirársele con desprecio desde fuera sino revolucionársele desde adentro. En su virtud, creo que los alemanes han cometido una grave equivocación cuando trataron, ante un poderoso y glorioso movimiento que no nacía de su propia creación, de hacer de su teoría importada y no siempre bien entendida, una suerte de dogma «alleinseligmachendes» (único camino de salvación). Nuestra teoría no es un dogma, sino la exposición de un proceso de evolución y ese proceso envuelve faces sucesivas."

Y en una carta que Engels escribió a F. A. Sorge en Mayo 12 de 1894, precisamente un año antes de su muerte, le encontramos insistiendo en el mismo tema en la forma siguiente:

"La Federación Social-democrática de aquí comparte con nuestros socialistas germano-americanos el privilegio de ser los únicos partidos que han logrado convertir la teoría marxista de la evolución en una ortodoxia rígida, a la cual los obreros no podrán elevarse por sí mismos siguiendo la evolución de sus propios sentimientos de clase, sino que se la tendrán que tragar inmediatamente y sin gradual desarrollo, como artículos de fe. He ahí por qué ambos grupos permanecen siendo meras sectas y, según decía Hegel, salen de la nada y pasan por la nada hacia la nada."

Con las anteriores citas, el lector no podrá dudar por más tiempo de cuál era la actitud marxista acerca de las sectas en el movimiento obrero. El lector habrá visto que el marxismo, según lo enunció Engels, es opuesto a la formación de sectas y a todo lo que ellas implican. Pero por si algún crítico recalcitrante objetase que Engels no era Marx y que presentar la opinión de Engels no es presentar la opinión de Marx, citaremos al mismo Marx sobre el mismo punto.

Marx en su manifiesto comunista

La actitud de Marx sobre este punto queda expuesta en el «Manifiesto comunista» que redactó en colaboración con Engels. Su opinión se destaca en los párrafos con que comienza el artículo 2 del Manifiesto, que dice así:

"En qué relación se encuentran los comunistas con el proletariado en masa?

"Los comunistas no forman un partido separado, opuesto a los otros partidos obreros.

"Ellos no tienen intereses separados e independientes del proletariado en general.

"Los comunistas, por consiguiente son, por una parte, la sección más avanzada y resuelta, en la práctica, de los partidos obreros de todos los países, la sección que empuja a todas las demás; y por otra parte, tienen, en cuanto a la teoría, la ventaja sobre las grandes masas proletarias de una clara inteligencia de la línea de combate, de las condiciones y de las finalidades del movimiento proletario."

Los párrafos citados definen una actitud terminantemente opuesta a toda existencia sectaria. Esta actitud se esclarece aún en forma más concreta en la parte cuarta del «Manifieso Comunista», cuyos primeros párrafos dicen así:

"La sección segunda ha esclarecido las relaciones de los comunistas con partidos obreros actuales de la índole de los «Cartistas» en Inglaterra y los «Reformistas agrarios» en los Estados Unidos.

"Los comunistas luchan por el logro de objetivos inmediatos, por darle efectividad a los intereses actuales de la clase obrera; pero en el movimiento del presente, ellos representan y se cuidan del futuro de ese movimiento. En Francia los comunistas se alían con los «demócratas-sociales» contra los conservadores y los burgueses radicales reservándose sin embargo, el derecho a adoptar actitudes de crítica con respecto a las frases e ilusiones tradicionalmente transmitidas desde la gran revolución."

Los pasajes aquí enumerados fueron escritos por Marx y dan idea de la manera prác-

lo sumo, sólo pueden servir para indicar tica en que él ponía en ejecución sus principios. Le muestran tomando el movimiento obrero tal como lo encontró, y operando con él, pero al mismo tiempo y como dice Engels, operando «sobre él». Vemos esto confirmado por Engels en su prefacio a la edición inglesa del «Manifiesto Comunista» escrito en 1888. En ese prefacio volvemos a leer la vida de acción que Marx seguía. Engels declara eso en las siguientes palabras:

"Cuando la clase obrera europea hubo recuperado suficiente fuerza para otro ataque contra la clase dominante, la Asociación Internacional Obrera surgió. Pero esta Asociación, formada con el expreso designio de agrupar en un solo cuerpo a todo el proletariado militante de Europa y América, no podía proclamar inmediatamente los principios consignados en el Manifiesto. La Internacional estaba obligada a tener un programa bastante amplio para ser aceptable a las «Trade Unions» inglesas, a los partidos de Proudhon en Francia, Bélgica, Italia y España, y a los partidarios de Lasalle en Alemania. Marx, que redactó este programa a satisfacción de todas las partes interesadas, se confió enteramente al prógreso intelectual de la clase obrera, que era seguro surgiría como un resultando de la acción combinada y de la mutua discusión. Los acontecimientos mismos y las vicisitudes de la lucha contra el capital, las derrotas aun más que las victorias, no podrían menos de convencer a los hombres de la insuficiencia de sus panaceas favoritas y de prepararles así el camino para una mayor comprensión de las verdaderas condiciones de la emancipación de la clase obrera. Y Marx tenía razón."

Las sectas en el movimiento obrero

No puede decirse que la actitud de Marx sobre la cuestión aquí tratada fué expuesta en el Manifiestto Comunista, documento que escribió en 1847, pero que él evolucionó después y cambió de opinión. Lo cierto es que él continuó actuando sobre estas líneas en 1864—16 años más tarde—(cuando formulaba las reglas para la Internacional. Y 7 años más tarde—esto es—en 1871) Marx en una carta a un tal F. Bolte, de América, mostró otra vez su criterio en el asunto internacional, e incidentalmente en el de las sectas, de conformidad con lo que ha sido ya expuesto en los diferentes extractos aquí copiados.

"La Internacional se fundó para inaugurar la verdadera organización de la clase obrera en lugar de las sectas socialistas y medio socialistas. Sus estatutos originales, de igual modo que el discurso inaugural, muestran esto a primera vista. De otro modo, los internacionalistas no hubieran podido hacer nada si el curso de la historia no hubiera ya destruído la existencia del sectarismo. El progreso del sectarismo socialista y el del verdadero movimiento obrero, están en relación inversa. En tanto que las sectas se justifiquen históricamente, la clase obrera estará todavía demasiado verde para un movimiento histórico independiente. Tan pronto como llega a esta madurez, todas las sectas son esencialmente reaccionarias. Además, en la historia de la Internacional hubo una repetición de lo que la historia muestra siempre en todas partes: lo anticuado trata de manifestarse y de tomar cuerpo otra vez bajo las nuevas fórmulas.

"Y la historia de la Internacional fué una lucha continua del Consejo General contra las sectas y las tentativas de los «amateurs» que trataban de arraigarse, dentro de la Internacional, contra el verdadero movimiento de la clase obrera. Esta lucha fué dirigida contra las varias secciones individuales en los congresos, pero especialmente en las deliberaciones privadas del Congreso General.

"Como los proudhonistas (mutualistas) de París fueron los cofundadores de la Asociación, naturalmente que ellos, durante los primeros años, dirigieron sus asuntos desde París. En oposición a ellos se desarrollaron naturalmente los grupos colectivistas, positivistas, etc., de París.

"En Alemania... la «clique» de Lasalle. Yo mismo durante dos años he cambiado correspondencia con Schweitzer, y le he probado irrefutablemente que la organización de Lassalle es solamente la organización de una secta y que como tal es hostil a la organización del verdadero movimiento obrero a que aspira la Internacional. El tenía sus «razones» para no comprender.

La interpretación de Lenin

Lenin, que a menudo es citado en apoyo de los sectarismos en el movimiento socialista, apoya fuertemente este aserto de que Marx y Engels no querían cuentas con los dogmas. He aquí como se expresa él en su obra «Hacia los Soviets», página 8:

"Nuestras teorías no son un dogma, sino una guía para la acción, repetían siempre Marx y Engels. Ellos con justicia ridiculizaron el hábito de aprenderse de memoria y de repetir meras fórmulas que, a

los problemas generales, cuya forma es alterada necesariamente por las condiciones políticas y económicas concretas de cada período del proceso histórico."

Con lo expuesto basta para dejar demostrado que Marx no era ni sectario ni dogmático y que sus mismos escritos constituyen una réplica cortante para todos aquellos que pretenden actuar dogmáticamente en su nombre. Al mismo tiempo, este «record» ha de propender a ahuyentar el «fantasma» que en la mente de muchas personas han creado esas erróneas interpretaciones de sus llamados discípulos. El estudio de Marx pagará con creces los esfuerzos que se hagan sinceramente para entenderlo.

Una democracia sin libertad

LUIS ARAQUISTAN

(Del "Listín Diario", Santo Domingo)

Hemos descrito en artículos anteriores la organización obrera no política de los Estados Unidos, representada principalmente por la Federación Americana del Trabajo. La Federación significa el centro, voluminoso, pesado, lento, del gran ejército de la clase obrera norteamericana. Queda por examinar la vanguardia, la que va de frente, que es la organización socialista, y la que ataca de flanco, que es la sindicalista. Detengámonos primero en la socialista.

Un hecho sorprendente pronto en los Estados Unidos: el socialismo es allí aun una heregía social. En los países epropeos se ha pasado, hace tiempo ya, de esa fase. En unos, compartió el poder durante la guerra; en otros, lo sigue compartiendo o lo monopoliza; en varios—en Inglaterra, entre otros—, es oposición poderosa, propincua al poder; en algunes hasta moda, y en todos, se les respeta y hasta se les contempla como una reserva de fines conservadores por contraste con el bolshevismo. En los Estados Unidos un socialista pasa generalmente por un enemigo de la patria o por un extranjero—aunque sea nacido o esté nacionalizado en el país—poco deseable, como los judíos y los emigrantes de los pueblos esclavos. Para los norteamericanos, el socialismo es una doctrina extranjera que se combate del mejor modo estorbando por todos los medios a su circulación, cerrándole todas las puertas interiores de la sociedad norteamericana cuando los portadores son nacionales, y expulsándolos cuando no están nacionalizados.

Un amigo mío, socialista europeo, fué presentado por carta a un caballero norteamericano por otro compatriota suyo, en una forma inusitadamente pintoresca. La carta, en la intención, venía a decir lo siguiente: El señor que le presento, aunque socialista, no es un iluso psiquiátrico, sino un hombre inteligente y mentalmente normal; no se come los niños crudos ni acostumbra poner bombas. Desilusiónese usted: ¡ni siquiera es pintoresco!, esto es, no va sucio, y viste como la mayoría de los hombres." No eran estas las palabras, pero ese era el espíritu. Sólo con una presentación así puede circular un socialista en los Estados Unidos. Pero esa presentación hay que repetirla constantemente: en el caso referido, el caballero a quien fué presentado mi amigo creyó necesario, al darle cartas para otras personas de su relación, sacar copias a máquina de la descripción original de aquel socialista extranjero y añadir una a cada carta para que la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir recayera por entero sobre el presentador primitivo. ¡Por si acaso!

La prensa socialista circula con gran dificultad. En algunas ciudadas no quieren venderla los puestos de periódicos. En Washington, por ejemplo, donde se encuentran periódicos de casi todo el país, no hay más que un puesto donde se venda el «Call», diario socialista de Nueva York. Los otros considerarían como un deshonor el expenderlo.

Cuando las autoridades pueden, no tienen reparo en prohibir la publicación de un periódico, como «The Masses», de Max Eastman. Pero cuando no es posible la supresión franca, porque los portillos de la ley no son bastante anchos, existen otros medios de aniquilar una publicación enojosa. Hay, por ejemplo, una ley que autoriza al Departamento de correos a secuestrar publicaciones de carácter inmoral. Como este carácter no está laxativamente definido, cuesta poco incluír en esa definición cualquier periódico de opiniones radicales. Así se persigue entre otros, a la revista mensual «Liberator», descendiente de «The Masses». Apenas puede circular por correo. Y eso equivale a tanto como hacer la vida imposible.

Un profesor de Universidad no puede ser

socialista en los Estados Unidos y, en muchos casos, ni siquiera titularse liberal. Uno de los representantes más altos de las nuevas generaciones, Waldo Frank, dice en su libro «Our America» (Nuestra América)—modelo de independencia mental, de sagacidad histórica y de estilo literario—las siguientes, duras, pero exactas paralabras: "Los maestros fueron arrojados perentoriamente de las escuelas públicas, no sólo porque sus enseñanzas fueran socialistas, sino por el simple deseo de anotar en sus clases, o fuera de ellas, ciertos hechos, sobre todo los relativos a Rusia. De pronto se encontraron en la calle profesores de importantes Universidades, a causa de su actitud liberal frente a los cambios sociales." Varios profesores así despedidos, y otros que por dignidad profesional se solidarizaron con ellos, han fundado en Nueva York la "Escuela Nueva de Investigaciones Sociales," primer intento de Universidad libre. De ella forman parte hombres de ciencia tan eminentes como James Harvey, Robinson, Charles A. Beard, Thorstein Vebien, Harold J. Laski y otros que constituyen la vanguardia del pensamiento norteamericano.

A muchos extrañará que el socialismo esté en los Estados Unidos todavía en el estadío, que podríamos llamar de persecución primitiva, en el estado por que pasó en Europa, alrededor de hace medio siglo. ¿No era la República norteamericana uno de los países más libres del mundo? Un norteamericano me dió hace poco la definición más exacta de su país: "Es una gran democracia sin libertad." He aquí un gran peligro: un pueblo que sea demócrata, esto es, que se gobierne soberanamente a sí mismo, pero que no sienta respetos por la libertad. Y así como la libertad sin democracia es sospechosa, una democracia sin libertad es insufrible. Pero queríamos hablar del socialismo en los Estados Unidos y, hecha esta impresión de ambiente, buscaremos sus hilos y causas históricas.

Rehaciendo la vida

UPTON SINCLAIR

(De "Appeal to Reason", Kansas)

UPTON SINCLAIR

el gran novelista y pensador americano autor del presente artículo.

Todos los jueves por la mañana abro los ojos y el primer pensamiento que viene a mí es el de que tengo que escribir mi artículo de costumbre para el «Appeal». Luego me sorprendo a mí mismo evocando todas las cosas que he leído, o pensado, durante la semana última y preguntándome qué será lo más interesante para ustedes y desde qué punto de vista será mejor presentarlo.

Este jueves por la mañana ocurre que me ha venido por el correo una carta de Calcuta, India... distancia bastante larga para el viaje de una idea. El autor de la carta ha estado leyendo «Los Beneficios de la Religión» (1) y he aquí una frase de su carta: "Deseo a veces que la sana intelectualidad de este mundo sea reconocida y coordinada, siquiera en el mismo grado en que lo está la respetable bribonería." Y luego el autor agrega otra frase con la cual no estoy conforme: "Quizás es imposible." No, camarada Denning, de Calcuta, India; no es imposible: puede hacerse—y, lo que es más, se está haciendo actualmente ante nuestros propios ojos.

Como resultado de la lectura de esta carta, voy a comenzar el presente artículo tra-

(1) Notable obra de Upton Sinclair.—N. del D.

tando del origen y el destino del género humano en este mundo, y voy a acabarlo hablando sobre la cuestión del candidato presidencial a favor de quien me propongo votar el próximo noviembre. Esto puede parecer un gran viaje; pero así y todo, lo llevaré a cabo dentro del espacio de cuatro columnas del «Appeal».

Cuando yo era un niñito me encontré satisfactoriamente provisto de una completa y precisa explicación del origen y destino del hombre sobre la tierra. Había un Dios que había creado el mundo en siete días. Estos días, según se me dijo cuando crecí un poco más y empecé a hacer preguntas, eran unos días que yo podría estirar sin límite alguno, porque el mundo hebreo podía servir de igual modo para las épocas geológicas. Este Dios, cuyo nombre hebreo era Jehovah, había creado al género humano y había promulgado para el género humano un régimen de conducta muy preciso escrito en dos tablas de piedra y más tarde en unos libros sagrados. Mi deber como niño y como hombre era obedecer este reglamento. En caso de que tuviese alguna perplejidad, se había preparado un cuerpo de sacerdotes, inspirados por Dios, que habrían de decirme precisamente lo que las reglas significaban. Si yo obedecía y hacía lo que estaba ordenado, sería conducido después de muerto a un lugar agradable llamado el Cielo, que era mi destino final y la razón de ser de mi vida. No todo el mundo iría al cielo, por supuesto..., porque no todos habían tenido la suerte de nacer en circunstancias propicias para saber la verdad.

Fué cuando yo tenía quince o diez y seis años que comencé a pensar y a inquirir en las explicaciones triviales que se me daban sobre el origen y destino del género humano. Todo vino, según creo, de haber leído y descubierto que había muchas otras formas de creencia en el mundo, muchos otros credos religiosos, miles de ellos muertos, cientos de ellos todavía vivos y reclamando la fe de millones y hasta cientos de millones de seres humanos. Con sólo leer en la Enciclopedia los nombres de estas religiones y las estadísticas sobre el número de seres que creían en ellas, no tuve más remedio que ponerme a pensar en él era absolutamente cierto que aquella dentro de la cual el azar me hizo nacer era, positivamente y más allá de toda posibilidad de duda, la única verdadera y definitiva. Se me había enseñado lo de Moisés en el zarzal, y lo de Jonás y la ballena, y cómo el Arco Iris constituía la promesa de Dios de que nunca enviaría otro diluvio, y cómo Adán había sido hecho de una costilla de Eva, o Eva de una costilla de Adán... no recuerdo bien.

Y luego me leí la leyenda de los indios de Delaware y me enteré de la razón por la cual el sábalo tiene tantos huesos. Es porque el día en que el Gran Espíritu lo hizo con sólo unos pocos huesos, los indios se sentían tan felices que no querían morir para ir a los deliciosos bosques de caza celestes, y entonces el Gran Espíritu le puso huesos al sábalo para que los indios estuvieran más dispuestos a morir. Me leí la vida de Buda y de Confucio y Zoroastro y las leyendas y dogmas construídos en torno de ellas; y así comencé a barruntar que el credo que se me había enseñado era solamente otra mitología, una de las miles que la humanidad en su etapa infantil había inventado para explicar el enorme e intolerable misterio de la existencia.

He dicho «intolerable». Hubo años de mi vida en que los impenetrables enigmas—del por qué y el cómo había yo venido a ser lo que soy—pendían sobre mí como una espantosa amenaza. Yo ardía en deseos de tener la respuesta, pues no podía soportar la vida sin ella. Pero gradualmente el tiempo fué atenuando aquel dolor, y ya he encontrado de algún modo que es posible marchar día tras día, no obstante el hecho de que no sé como estoy aquí y de que no me siento apto durante toda mi vida para aventurar acerca de ello la más vaga de las conjeturas. Todo cuanto sé es que estoy aquí, que soy un organismo en desarrollo acompañado por una indagadora conciencia. Todo cuanto tengo para protegerme es mi razón, esa falible facultad que mi religión me enseñó a mirar con tan profunda desconfianza.

Recuerdo cómo al principio me aventuré a hacer uso de mi razón. Como un niño que se pone patines por primera vez, como un salta-montes que acaba de salir de su concha, aun suave y verde y tierno. ¿Tenía yo verdaderamente valor para hacer uso de mi razón? ¿Podía yo estar cierto de que no sería castigado por el fuego eterno del infierno por atreverme a creer lo que parecía cierto y racional en vez de creer lo que se me había enseñado como sagrado y de revelación divina?

¡Y luego, los escalofríos que me invadieron! ¡Los estremecimientos de reverencia, tanto como de terror! Del mismo modo que una mariposa abre sus alas y vuela a través de las maravillas del aire, así volaba yo por entre las maravillas del conocimiento... las maravillas de la evolución y del extraño origen de la naturaleza; las maravillas de la filosofía, y las extrañas conjeturas acerca de

la vida que el hombre ha llevado; las maravillas de la ciencia, del telescopio y del microscopio; las maravillas de la psicología, de la voluntad humana y de las emociones, y nuestra oculta vida subconsciente que corre como el gran bloque del «iceberg» bajo el mar; las maravillas de la Sociología, el estudio del hombre y de la sociedad humana tal como ha sido en el pasado, y es ahora, y está destinada a ser en el futuro. En todos estos campos había viejos dogmas que yo tenía que aprender, y nuevos y maravillosos descubrimientos a los que yo me aproximaba a un tiempo mismo con reverencia y pavor. ¡Es una cosa gloriosa la de ser joven y la de tener ante uno todo el universo del conocimiento!

Y esto es lo que yo he sacado en limpio de mis curiosidades y ansias; yo no sé cómo fué que llegué aquí, ni adonde voy en definitiva, ni la íntima esencia de mi propio ser. Pero esto sé bien: estoy aquí y en este instante soy una determinada clase de ente físico y mental. Ciertas cosas me producen dolor y ciertas otras cosas me producen placer, y hay algo en mí que reacciona entre estos estímulos, tratando de evitar el dolor y de perpetuar el placer. Esto es mi conciencia, y yo experimento, y poco a poco descubro que el dolor está a un lado y la felicidad y el placer a otro, y que yo marcho en pos del placer. Descubro que ciertas clases de placeres son ilusorios: que sólo son temporales, y que traen muchos dolores en su tren. Así es, por ejemplo, el placer del alcohol, que es una de las más grandes emboscadas que jamás se le han tendido al hombre; y el placer del opio, y el de la nicotina y cafeína y el tanino... Observaréis que yo soy lo que se llama un asceta. Por otra parte, descubro que hay una suerte de dolores que sufridos moderadamente son benéficos. Usted los resiste por un momento y luego se vuelve más fuerte y mejor por haberlos resistido. Por ejemplo, el dolor del trabajo fuerte. ¡Cuánto odiaba yo el escribir cuando empecé por vez primera! Pero ahora he aprendido a gozarlo... el dolor ahora se lo he endosado al lector.

Buscar y escoger entre las complicadas circunstancias de la vida, he aquí la función de la razón. Y el mayor descubrimiento que cualquier ser humano puede hacer en esta tierra es el de que él posee este maravilloso poder, y también que es libre de hacerlo. No hay nada que le impida hacer uso de su razón, a excepción del poder maligno del temor, de la supertición, de la ignorancia y de la explotación organizadas. Si a mí me fuera dable darle un mensaje, y sólo uno, a mis semejantes en esta tierra, sería éste: "Eres un ser libre, y el edificar tu vida y tu personalidad, es asunto de tu exclusiva incumbencia. Nadie tiene el derecho de impedírtelo, y cualquier poder que trate de impedírtelo es maligno y debes luchar contra él con todas las energías que poseas." Lo consignaré en las palabras mismas de un viejo documento americano que en los días actuales es peligroso citar en público: "Declaramos ciertas verdades como evidentes por sí mismas, a saber: que todos los hombres nacieron libres e iguales y que todos se hallan dotados de ciertos derechos inalienables, entre los cuales figuran el derecho a la vida, a la libertad y a la conquista de la felicidad."

Hemos salido ya del tenebroso pasado en el que nuestro sér era guiado por el ciego instinto... un instinto maravillosamente sabio con arreglo a su propio designio, que no era otro que el de la conservación de la especie. Pero este instinto se preocupaba muy poco de nosotros individualmente; era derrochador y cruel. Era aquella naturaleza que criaba un millón de huevos de salmones para producir un solo salmón. Nosotros nos rebelamos contra esa naturaleza. Pensamos que nosotros también somos personalidades; que nosotros también tenemos alguna importancia, que nosotros también deseamos sobrevivir frente al derroche de la naturaleza. Al principio nuestra ciega protesta toma la forma de la supervivencia en el cielo. Pero luego nos tornamos más audaces y demandamos nuestro reino del cielo en la tierra; y queremos sobrevivir aquí y ahora. Pasamos los ojos sobre escenas de guerra, pestilencias y hambres, sobre la infinita y horrible destrucción de la vida humana en este planeta nuestro, y nos atrevemos a decir que cambiaremos los caminos de la naturaleza y que implantaremos nuevos instrumentos de razón y de orden.

Es una empresa audaz para este hombre pigmeo. Cuando por primera vez afrontamos la idea, no es de extrañar que nos aterremos; no es de extrañar que haya escépticos entre nosotros que rechacen la idea y se nieguen a tratar de aplicar su razón a la vida. Como decía uno de ellos: "La vida es una tragedia para aquellos que sienten y una comedia para aquellos que piensan." En otras palabras, sepárese usted de la vida, siéntese y obsérvela como un espectáculo que no le concierne; considere las locuras y flaquezas de sus semejantes como algo que no puede evitarse y que os mueve, no a piedad, sino pura y simplemente a risa.

Pero algo hay en el hombre, algo más fuerte que nosotros mismos que hace imposible

ese programa del escéptico. Es el sentido de la solidaridad humana, ese que llamamos simpatía, que hace la vida toda sagrada para nosotros y convierte el sufrimiento de uno en la preocupación de todos. Hay una antigua y ya desacreditada forma de ciencia que enseñaba que el proceso de la naturaleza, era enteramente de egoísmo y que no había lugar en él para el amor. Pero ahora hemos venido a comprender que la senda de la naturaleza es la senda de la solidaridad y que, en definitiva, es la cooperación, y no el egoísmo, lo que ha sobrevivido en la lucha por la existencia.

El instinto de la simpatía en nosotros es mucho más antiguo que cualquier otro conocimiento consciente que poseamos. Es el mismo instinto que nos salvó de los feroces dientes del tigre, y también durante todo el tiempo en que fuimos monos trepadores a la copa de los árboles; es el instinto que nos ha dado todos nuestros conocimientos, desde el día en que el primer hombre descubrió el fuego y se lo mostró a su semejante, en lugar de guardar el secreto para sí mismo. Y si estudiáis las razas que han sobrevivido, encontraréis que han sido las razas que aprendieron a cooperar, a cultivar ideas de honor y de servicio a sus semejantes. Si estudiáis las razas que han caído en la decadencia, veréis que esto se debe a que las fuerzas superiores habían muerto en ellas, y a que el egoísmo y la voluptuosidad ocuparon su sitio.

Y así vemos a la especie humana saliendo de la servidumbre del instinto y apoderándose de la vida para edificarla de acuerdo con el método de la razón, de acuerdo con las leyes de la solidaridad y de la cooperación. El poder del pensamiento que nosotros poseemos es un arma que hemos amolado por un contacto secular con las circunstancias hostiles. Estamos sólo comenzando a descubrir sus poderes; pero ya sabemos bastante de él para darnos cuenta de que nos hace señores de la naturaleza y de toda la vida, incluso la vida propia. Hay un antiguo y estúpido dicho de que "no es posible cambiar la naturaleza humana." Pero ya sabemos que la naturaleza humana es la cosa más plástica de toda la creación. No hay límite posible a los cambios que podemos introducir en ella. Si sólo comenzamos lo suficientemente temprano y si comprendemos bien los materiales sobre los que estamos laborando, podemos cambiar la especie humana en una generación o dos. Y si podemos conocer y estudiar las leyes hereditarias y la transmisión de las cualidades humanas, podríamos eliminar lo nocivo y seleccionar nuevas y preciosas cualidades para sobrevivir, y así en unas cuantas generaciones podríamos tener una nueva especie de seres, de cualidades morales e intelectuales muy superiores a las nuestras, así como las nuestras son superiores a las de los monos.

Cuando miramos hacia la marcha de la naturaleza humana a través del tiempo y del espacio, contemplamos un desfile de gran lentitud; pero gradualmente, a medida que el poder de la razón se pone en juego, el proceso de la vida se hace más rápido y la historia comienza a andar tan rápidamente que ya la podemos sorprender en marcha. Como dice Tennyson: "mejor cincuenta años de Europa que un ciclo de Catay." El hombre ha empleado instrumentos para este fin y estos instrumentos han llegado a ser máquinas complicadas que llevan a la práctica los designios del hombre cien veces o mil veces más pronto que podrían hacerlo sus manos desnudas. Y así nuevas y gigantescas fuerzas influyen en las vidas humanas... las máquinas reaccionan sobre las inteligencias que les dieron el ser. La imprenta, por ejemplo, estimula el cerebro de sus inventores y de los que la usan. Y así sucede que el cuadrante de la Historia que durante tantos siglos permaneció inmóvil, ahora avanza con visible rapidez a través de nuestro cielo. Vemos el mundo alrededor de nosotros en revolución; vemos viejos imperios derrumbados y nuevas formas sociales que surgen. Y esto es un reto a las fuerzas de nuestra inteligencia. No sólo nuestra felicidad, sino la felicidad del género humano en futuras edades, depende de la prontitud con que podamos comprender lo que está sucediendo y podamos adaptarnos a ello.

¿Qué es lo que está sucediendo? Durante siglos los hombres han peleado—varias tribus y razas de hombres unas contra las otras y entre ellas mismas—por las necesidades materiales de la existencia. Ninguna historia va tan lejos en el pasado que no nos presente a los hombres peleando e intrigando y contendiendo los unos contra los otros. Pero ahora la nueva maquinaria que se ha inventado, los nuevos procedimientos de crear riqueza, son demasiado intrincados y demasiado complicados para resistir la tensión de este método de competencia. La guerra, tanto en un sentido militar como en un sentido comercial, ha llegado a ser tan destructora y tan derrochadora, que los hombres no pueden por más tiempo permitir que subsista. Al mismo tiempo, examinando estos problemas, llegamos a la convicción de que por la primera vez en la Historia, el hombre como un ente económico, como productor y consu-

midor de artículos materiales, se ha colocado, mediante sus nuevos descubrimientos y sus inventos, fuera del peligro de la necesidad y en una posición que le permita crear diez veces tanto como lo que verdaderamente necesita. Por la primera vez en la Naturaleza o en la Historia ha llegado a ser innecesario para nadie el sufrir hambre, para nadie el vivir en pobreza, para nadie el verse privado de los medios de un completo bienestar, de una plena y perfectamente asegurada existencia.

Siendo estas cosas ciertas, la especie humana, todos los hombres, en todos los puntos del globo, en Rusia, y en la China y en la India, lo mismo que en Inglaterra y en Francia y en América, están ya comenzando a darse cuenta del enorme contraste que presencian, el contraste entre el viejo sistema de la lucha de competencia—que da muerte a millones de individuos y condena a cientos de millones a perecer de miseria y pestilencia y el nuevo método de cooperación que haría de la tierra un inmenso jardín y que suministraría a cada niño nacido sobre la tierra medios de vivir en abundancia y en pleno bienestar. Esta convicción no ha llegado a todas las gentes al mismo tiempo pues algunos son inteligentes y algunos son torpes. No ha llegado a todas las razas al mismo tiempo; pues algunas son avanzadas y no tienen prensa, o la tienen pero está dedicada a la circulación de patrañas. Pero de todos modos, inteligentes o torpes, avanzados o retrasados, siempre un vago destello de esta tremenda verdad está penetrando en la mente de todo ser humano de estos tiempos modernos. Hasta al mismo hombre negro del corazón del Africa, hasta al caníbal de las islas del mar del Sur llega quizás un comerciante con un aparato cinematográfico, o un barco de guerra sugeridor de la destrucción, y con todo esto, una nueva apreciación de los poderes de la expansión humana. Las inteligencias se van abriendo y la luz comienza a filtrarse en ellas; los viejos credos se marchitan y nuevas esperanzas y anhelos germinan.

Del mismo modo que un niño abre sus ojos a la vida, y se encuentra a sí mismo, o bien con una cuchara de plata en la boca, o bien en la miseria de una casa de habitaciones para pobres, así por sobre todo el mundo, el hombre en su despertar, va descubriendo el hecho de las castas, y la explotación de una casta por la otra, y el impulso de los explotados de exigir más y de luchar por ello. En los lugares donde la invención y la educación han avanzado más, la lucha de clases ha sido cuidadosamente estudiada; la ciencia de la evolución social ha sido elaborada y la táctica de la guerra de clases ha llegado a conocerse y a enseñarse. El proceso por medio del cual la escalvitud del salario ha de abolirse y la solidaridad y la cooperación humana traídas para reemplazarle..., esto ha llegado a constituír un cuerpo de doctrina más importante, más vital que cualquiera que el género humano haya adquirido en la historia entera de las ideas. Y a despecho de todo cuanto los gobernantes y los que gozan de autoridad puedan hacer, las chispas de la hoguera del pensamiento saltan hasta los más remotos puntos de la tierra. Ellas viajan, en el tren del agente viajero y del misionero, hasta el más tenebroso rincón de Africa; ellas son conducidas por los marinos de los barcos de guerra y de los barcos mercantes hasta las más solitarias islas de caníbales. Y así, no han de pasar muchos años sin que leamos en nuestro periódico diario que una Soviet ha sido establecida en las costas del lago Tanganyinka, y que el primer Congreso socialista de las islas de Salomón ha sido convocado para el 1o. de mayo!

Este gran despertar de las masas es el hecho de más relieve en nuestra época. Si lo entendéis, aun podéis ser felices en nuestro tiempo; si no le entendéis, no podréis sino ser infelices. Tan imposible es que uno logre mantenerse apartado de este movimiento social, como el que una célula aislada de vuestro cuerpo pueda escapar a los efectos de la salud y la enfermedad de vuestro cuerpo. Al igual que cada célula del cuerpo desempeña su papel en el mantenimiento de todo el cuerpo, así tiene usted que desempeñar su papel en este nuevo nacimiento de la libertad y de la fraternidad. Usted puede desempeñar su papel en favor, o usted puede desempeñar su papel en contra ... Y así llegamos a la cuestión de por quién va usted a votar en las próximas elecciones presidenciales.

No hace mucho tiempo era costumbre general de los hombres que cuando diferían en cualquier asunto, se enredaban en una contienda cuerpo a cuerpo para ventilar su disputa; y el individuo más fuerte prevalecía e imponía sus ideas al individuo más débil... esto es, a menos que aconteciese que las ideas del más débil fueran las verdaderas ideas, pues en este caso el individuo más fuerte se veía forzado a adoptarlas quisiera o no quisiera, y luego procedía a erigir un monumento al individuo a quien había muerto. Eso no era evidentemente un método satisfactorio de dilucidar la verdad o falsedad de las cosas. Por lo cual ahora hemos adop-

tado el sistema de la boleta electoral.... una especie de batalla simbólica para ver cuál es el más fuerte, y como parte de esta batalla simbólica, dedicamos nuestras energías durante largos períodos de tiempo a organizarnos en partidos, a marchar en paradas, a celebrar mítines y a hacer propaganda contra aquellos que no están de acuerdo con nosotros. A esto lo llamamos una "campaña presidencial."

Actualmente las masas de nuestro pueblo tienen sólo una vaga idea del poderoso torbellino de acontecimientos que ahora envuelve al mundo. Ellos están siendo embaucados por los partidos políticos que se formaron cuando se discutía la cuestión de la esclavitud del negro, cuestión que desde hace cincuenta años está muerta y olvidada. Hoy no existe verdadera diferencia entre los dos partidos tradicionales y todos los políticos lo saben, y el pueblo está comenzando, por lentas etapas, a darse cuenta de ello. Nuevas cuestiones han surgido, y los trabajadores se están agrupando en un nuevo partido cuyo programa se preocupa del presente y no del pasado, un partido que se ha puesto al lado de los explotados de la tierra, un partido que no tiene miedo de proclamar el fin del viejo sistema de la competencia y el advenimiento de un nuevo Orden de fraternidad y cooperación. Esta es la cuestión única de nuestro tiempo y mientras más pronto usted la conozca, mejor será para usted y para el mundo todo. Hace veinte años que yo sé a qué lado pertenezco en esta gran lucha de clases. Y así, no tengo que vacilar mucho, o dedicar mucho espacio, al cumplimiento de mi promesa de que terminaría este artículo tratando del candidato presidencial por el cual me propongo votar para el próximo noviembre.

¡Voy a votar por Eugenio Debs!

Los grandes asuntos del día

(NOTAS DEL DIRECTOR)

El movimiento obrero en el Japón

DE una carta que escribe a «The Nation» (Estados Unidos) su corresponsal en el Japón, se desprende que, según las palabras mismas de dicho corresponsal

"bajo la calma superficial de la vida industrial del Japón, laboran incesantemente fuerzas dinámicas que en cualquier momento pueden estallar y echar abajo toda la organización social e industrial del país."

El Japón es la única nación de las grandes donde las Uniones Obreras están prohibidas por la ley. Un organizador y agitador obrero del tipo moderadísimo de Samuel Gompers sería inmediatamente cogido por la policía bajo el cargo de propagar "ideas peligrosas," pero

"el sensacional aumento de los precios de los artículos más necesarios (la comida, la ropa y la habitación han experimentado una subida de un 400 por 100 desde 1913) alteró la situación de tal modo, que la población industrial del Japón se vió colocada ante un dilema para el cual el clásico principio de 'la bondad' en las relaciones de obreros y patronos no ofrecía inmediata solución. Y así fué como en el país donde la voz «huelga» no figuraba ni siquiera en el diccionario, han ocurrido en 1915, 1916 y 1917 movimientos espontáneos de los obreros de las fábricas, con demandas bien categóricas de aumento de jornales y rebaja de horas. Sin ninguna forma definida de cooperación u organización, estos incidentes fueron aumentando hasta culminar en los 'motines de arroz' de agosto de 1918, motines que hubieran podido fácilmente resultar en una revolución y en la caída de la monarquía japonesa, si hubiera habido un líder de capacidad—un Lenin o Trotzky—que encauzara las protestas populares.

Y el mismo corresponsal nos cuenta que a pesar de la persecución de la policía y de las autoridades sufrida por los espíritus revolucionarios que defendían el derecho de los obreros a unirse y a contratar colectivamente, el número de las huelgas continuó creciendo en una escala alarmante y en la primavera y verano de 1919 la fiebre huelguista se esparció hasta los mismos arsenales y astilleros del Gobierno, y a las principales minas de cobre, y a la mayor parte de las empresas monopolistas tales como las de los tranvías y el tabaco.

"La abierta intimidación de los huelguistas por el Gobierno ha dado un giro nuevo a la lucha entre el Capital y el Trabajo en el Japón. Convencidos por fin los trabajadores de que el dejar bruscamente sus faenas y declararse abiertamente en huelga les dejaba a merced de las brutalidades de la policía, inventaron el medio de hacer valer sus demandas en forma que resulta mucho más costosa y hasta ruinosa para el patrono que se niega a capitular. Y así tenemos que una nueva palabra ha hecho su aparición en el idioma japonés: esta palabra es la de «anda espacio». En muy corto tiempo el obrero japonés, forzado por las circunstancias, se hizo un maestro en el arte de poner en práctica el procedimiento de «anda-despacio», que es un arma mucho más efectiva que la de la huelga. El experto tornero echo a perder una obra costosa por un «error»; remachistas que han hecho su labor perfectamente durante años, caen de pronto en la manía de poner el remache donde no debe ir; los carpinteros al parecer pierden de la noche a la mañana toda familiaridad con sus herramientas, y hasta los peones más ignorantes se inventan los medios más ingeniosos para dar tres vueltas con su carga de materiales a una manzana antes de cruzar a la otra acera."

Este método de «anda-despacio» fue empleado por primera vez en los arsenales de Kawasaki, uno de los más grandes del Oriente donde los trabajadores recibían un salario que fluctuaba entre 18 y 50 yen por mes, (cada yen representa aproximadamente 50 centavos oro americano). Los 18,000 obreros no organizados que allí trabajaban presentaron, por conducto de una Comisión, una solicitud al Presidente de dichos arsenales en que pedían un aumento de un 50 por 100 en sus jornales, reformas sanitarias de varias clases, comedores suministrados por la Compañía y otras demandas menores. El Presidente, Kejiro Matsukata, hombre ilustrado y uno de los más grandes industriales del país, se mostró propicio a algunas de las demandas menores, pero rechazó la del aumento de jornales. Los obreros, que ya estaban de acuerdo para iniciar el procedimiento de «anda-despacio», lo pusieron en práctica inmediatamente en tal forma, que el Presidente Matsukata-quedó estupefacto por este inesperado golpe de parte de sus hasta entonces humildísimos trabajadores.

"Se llamó a la policía; se impetró la intervención de las cortes; se arrestó a los líderes; se sermoneó, amenazó y coaccionó a los trabajadores; y como golpe final la compañía jugó su última carta: el «lockout». Pero con barcos en construcción que había que entregar en fechas fijas, según contrato, las tácticas de la compañía no dieron resultado, y antes de diez días, a partir del comienzo de la huelga, la Compañía accedió a las demandas citadas casi en su totalidad."

Y no bien se hubo arreglado esta huelga, otra muy parecida estalló en las fundiciones de Osaka, otra de las compañías constructoras de barcos. La lucha fué corta y decisiva, saliendo de ella los obreros completamente victoriosos. Y teniendo en cuenta el espíritu de imitación del pueblo japonés, no hay que dudar que lo que se ensayó con éxto en Kobe o en Osaka, puede ensayarse también fácilmente, cualquier día de estos, en Tokio, Nagasaki o cualquiera otro centro industrial.

En vista de ello los políticos y hombres de negocios japoneses, tanto los grandes como los chicos.

"se han unido cabeza con cabeza para tratar de hallar una panacea que cure de raíz los crecientes males industriales. La más original de las fórmulas propuestas como remedio a la agitación obrera es una que ha sido ya discutida en los círculos del Seiyukai. El Seiyukai es actualmente el partido de la mayoría en la Dieta imperial. Esta fórmula consiste en llevar un Registro de todos los obreros, dándoles una tarjeta sin la cual ningún patrono podía emplearle. La policía tendrá un archivo completo de todas las inscripciones. Si un obrero o grupo de obreros fuese sorprendido en obra de propaganda subversiva, se les retirará inmediatamente la tarjeta y quedará privado de toda oportunidad de encontrar trabajo. Además se promulgará una ley prohibitiva de las huelgas y de los «lockouts».

"Ninguna Unión obrera, en el sentido occidental de la palabra, estará permitida en el Japón, pero los obreros de cualquiera de las fábricas pueden en cualquier tiempo, individual o colectivamente, solicitar del juez competente en cada distrito, un aumento de jornales, una rebaja de horas, u otra reforma cualquiera. El juez quedará autorizado por la ley para examinar con imparcialidad la solicitud, pudiendo citar testigos y traer ante sí cualquiera otra clase de prueba que juzgue necesaria. El fallo de la Corte será obligatorio para ambas partes y comenzará a regir inmediatamente, pero cualquiera de las partes tendrá derecho de apelar a la Corte Superior cuya decisión será definitiva. La negativa por parte de un empleado a obedecer la orden de la Corte dará lugar a la confiscación de su tarjeta de trabajo, al paso que si el patrono es el que se niega a obedecer, se le castigará despojándolo del derecho de continuar en el negocio.

"Tales son las más salientes medidas del plan con que se intenta poner fin al tumulto causado por la agitación industrial. Queda todavía la cuestión pendiente de si los obreros se someterán a este plan paternalista para regular sus vidas y salarios. Sin duda la proposición tendrá el apoyo de los intereses financieros del país, que no tienen nada que perder con la medida, y sí todo por ganar. De las probabilidades con que contarán los obreros para hacer efectivas sus demandas por este procedimiento, se puede juzgar con sólo saber que los jueces del Japón son nombrados por el Gobierno, en tanto que las masas industriales carecen del derecho al voto por virtud de un requisito de propiedad bajo el cual sólo un 15 por 100 de la población masculina adulta puede votar.

"La situación industrial se complica más aun por la circunstancia de que la fuerza del Japón en la competencia industrial internacional radica toda en lo barato de sus brazos. Si sus obreros pudieran lograr jornales más o menos equivalentes a los que reciben los obreros ingleses, franceses o alemanes, el Japón perdería la mayor parte de los mercados que aseguró durante la guerra."

La vida en New York

De un diario local recorto el siguiente cable:

"En vista de la imposibilidad de conseguir alojamiento en Nueva York, de 1,500 a 2,000 familias, de las 73,114 que se han declarado «a la intemperie», han aceptado vivir en carpas que les facilitará el ejército americano, hasta encontrar casa. La población de Nueva York ha aumentado, según se calcula, en 538,604 almas desde el 1o. de Enero, y sólo se han construído habitaciones nuevas para 465,490 personas."

Tenemos, pues, que en la gran ciudad de los rascacielos y de los más fastuosos palacios del mundo, hay muchos miles de familias que no tienen ni siquiera el techo de una perrera que les dé cobija. ¿Y esto por qué? Pues... por lo de siempre. Porque vivimos todavía dentro de un molde social tan primitivo, tan brutal, tan salvaje, que deja las cosas esenciales a la vida, tales como la comida, la ropa y habitación, a merced de la iniciativa privada del capitalista, estimulado únicamente por el beneficio, por el lucro personal. Y como el construír casas es un mal negocio, porque exige mayor inversión—y requiere más tiempo para desenvolverse—que la mayor parte de los negocios corrientes, para no hablar de los más jugosos, resulta que esta crisis de vivienda, con todo y ser cosa tan horrible, es un fenómeno enteramente natural de nuestra envidiable civilización infanticida y antropófaga. ¿Qué se les puede decir a los capitalistas por negarse a suplir esta apremiante necesidad pública? Nada. Ellos hacen bien, divinamente bien en emplear su dinero donde les resulte más cómodo, rápido y redondo el negocio. Bobos serían si hicieran otra cosa. Puesto que la sociedad, esta estúpida sociedad a que pertenecemos, les deja libres de especular a su sabor con las necesidades todas de sus semejantes, bien hacen en especular con aquellas que producen más con menos riesgos y en menos tiempo, como son la comida, la ropa y los vicios. Mientras más familias queden sin techo, más vertiginosamente subirá el precio de las casas y más rollizo se pondrá el casero. ¿Qué importa que haya miles de seres humanos amontonados como ratas en viviendas horribles? ¿Qué importa que muchos de estos seres infelices sean niños y ancianos, si de tanto dolor y tanta degradación sale un chorro de dinero que permite al hijo, y a la hija, y al yerno del casero millonario jugar lawn-tennis, organizar cacerías, bailar el «fox-trot», casarse y descasarse, y en general, nutrir de vacuas idioteces semejantes las horrendas columnas de "Vida social" de los grandes diarios y revistas?

Pero en tanto que en Nueva York y en París, y en Londres, y en Roma, y Viena y Berlín, los pobres no encuentran un agujero donde meterse, allá en Rusia los bandidos esos que llaman bolsheviquis le han garantizado a cada familia el número de habitaciones necesarias no sólo para que no carezcan de techo, sino para que no estén privados del desahogo y ventilación indispensables. Tenían cuando llegaron al Gobierno una crisis de casas peor que la de Europa y América, pero como dentro de sus «malvados» principios figuraba el de que la vida humana debe estar antes que la propiedad, repartieron las habitaciones disponibles entre las familias de la ciudad y en un santiamén quedó todo el mundo instalado convenientemente.

Y es verdad que no quedó ningún niño ni anciano sujeto al horror de carecer de abrigo, pero en cambio... ¡cuánta señora millonaria, sola con su perrito en un inmenso caserón de más de treinta habitaciones, se vió obligada ¡ay! a reducirse a sólo dos habitaciones, para dejar el resto del vacío caserón a las familias sin hogar. ¡Qué atrocidad! Estas cosas escandalosas no se les ocurren hoy día más que a esos malditos bolsheviquis. ¡Hay que acabar con ellos!

El caso de Santos Chocano

Chocano está preso. Chocano está en peligro de ser condenado a muerte por el Gobierno revolucionario de Guatemala. Esto dijo el cable.

Y no bien sonó la noticia, empezaron a oírse en España y América voces de piedad, patéticas imploraciones de perdón para el poeta en desgracia. Que no le maten, que le dejen libre, pues se trata de uno de nuestros más ilustres poetas—clamaron mil voces en España y América.

A primera vista este clamor general dice bien, dice muy bien de la sensibilidad de nuestra raza. Pero... ¿será cierto que poseemos una sensibilidad tan fina, tan despierta a los reclamos humanitarios y universales? Veamos, que bien vale la pena detenerse un momento a reflexionar sobre caso tan repleto de enseñanzas.

Chocano está considerado entre nosotros como un hombre de tipo superior, como una cumbre intelectual, y es a ese título que han surgido ante el drama de su caída tantos clamores de piedad. Pero yo pregunto: ¿es o no cierto que este hombre insigne se alió e identificó con el célebre tirano Estrada Cabrera? ¿Es o no cierto que la revolución les

sorprendió juntos en la hora suprema del derrocamiento de una tiranía horrenda que, durante más de veinte años, pesó como una losa fúnebre sobre la dignidad y la vida de un pueblo hermano?

Pues si es así, ¿no resulta tanto más culpable el cómplice de esta odiosa tiranía mientras más alto se le coloque como intelectualidad? ¿No es más fácil explicarse y excusar la abyección criminal de un hombre adocenado del tipo de Estrada Cabrera, esclavo de sus bajos instintos de rapiña y mando, que la de un espíritu de excepción, plenamente iluminado y consciente de sus actos? ¿Qué es peor, sucumbir de pronto a la tentación de ser tirano de los demás hombres, o venir de luengas tierras hasta la tierra triste del tirano, no para hacer causa común con los miles de hombres, mujeres y niños escarnecidos y atormentados día tras día bajo el látigo del dépota, sino para instalarse en el palacio de éste y a trueque de sus favores loarle en sus crímenes y colaborar en su obra?

Francamente, por odioso que sea el papel de déspota, no podemos compararle, en degradación, cobardía y repugnante frialdad espiritual, con el papel de dilettante, cortejador y favorito de tiranías. Y si a esto se agrega la circunstancia de que el cortejador y favorito es un hombre de mentalidad superior... ¿qué pensar entonces?

Por consiguiente, si es una genuina sensibilidad la que clama perdón en España y América, ¿por qué no vibra de piedad también ante el triste destino de Estrada Cabrera? ¿No es también éste un semejante nuestro bruscamente caído en la mayor desgracia?

Pero es que el uno es un hombre del montón y el otro es un esclarecido poeta... Y qué? ¿No es más funesto para la humanidad, y por consiguiente menos acreedor a la simpatía de sus semejantes, un esclarecido poeta enfermo de malignas ambiciones, que un hombre del montón? La influencia perniciosa de un hombre cumbre ¿no llega mucho más lejos que la de una medianía?

¡Oh, Santos Chocano, triste figura de hombre de pocos pensamientos y muchos y sonoros sentimientos (más extensos que intensos) que hace tiempo vagaba de país en país como un judío errante, sonámbulo trágico de un sueño de millonario burgués! Yo me siento conmovido, pero no sorprendido de tu desgracia de ahora. Visionario de grandezas de burgués enriquecido, tu ambición vulgar de hombre de tosco espíritu y refinados sentidos te llevó de Villa a Carranza, de Carranza a Villa, de este ministro a aquel magnate, hasta ir a dar, con un saco de fofas metáforas, al siniestro palacio medioeval de ese Estrada Cabrera en torno de quien ruge hoy la ola popular furiosamente vengativa!

Yo no creo en castigos. Yo no creo en venganzas con o sin disfraces de justicia. He penetrado varias veces en las lóbregas cavernas del dolor humano, y ya no sé ver en el que sufre culpas ui inocencias, sino contorsiones y ayes de sufrimiento que me infunden siempre irresistibles ansias de gritar piedad.

Y desde la humildad de este rincón donde laboro en pequeño por todo lo grande, alzo también mi conmovida voz de conmiseración y de olvido para todos los reos infelices del inmenso crimen guatemalteco, tanto para los unos como para los otros, tanto para los grandes como para los chicos.

Revolucionarios de Guatemala: no deis a vuestros heroicos niños y mujeres el espectáculo cruel y corruptor de la venganza disfrazada de justicia, después del noble y bellísimo espectáculo de la reivindicación. En esta hora en que se vislumbran las claridades de un nuevo día para el mundo, elevaos sobre vosotros mismos y sed fuertes con la fortaleza de la magnanimidad. Abrid las cárceles, en un amplio y nuevo ademán generoso ante los que ya no pueden haceros daño, y no quedará en el mundo ni una sola alma genuinamente superior que no os contemple con fervores de simpatía. Pero si pensáis en una expiación, ¿qué peor expiación que recibir de las manos mismas de los agraviados la libertad y la vida? Vivir, recordar, sentirse solo y agobiado por el peso de una leyenda sombría... Este castigo, que no mancha de sangre ni crispa de odio cruel la mano del vencedor, ¿acaso no es el más grande castigo que es posible imaginar?

Hombres de México—Adolfo de la Huerta

JUAN DE DIOS BOHORQUEZ

Apenas tiene la edad legal para ser Presidente de la República: se necesitan 35 años cumplidos y él no llega a los treinta y siete. Nació en Guaymas, puerto sonorense colocado en el Golfo de California. Es un ciudadano digno, que ha desempeñado con acierto delicadas misiones, desde que se inició la revolución.

Siempre fue enemigo de la dictadura porfiriana. Lo persiguieron los esbirros del nefando antiguo régimen: En 1910 estuvo con el señor Madero—el apóstol—, cuando el redentor del pueblo recorría el país predicando las reivindicaciones. En 1911 fue electo diputado a la Legislatura Local de Sonora.

A raíz del cuartelazo de Huerta, en 1913, fue de los diputados que mejor supieron cumplir con su deber. Votó el desconocimiento del gobierno usurpador. Luego, estuvo como Representante del Gobierno de Sonora en la Convención de Conclova, que proclamó a don Venustiano Carranza primer Jefe del Ejército Constitucionalista.

A fines de 1913, De la Huerta fue nombrado Oficial Mayor de la Secretaría de Gobernación, en el Gabinete de don Venustiano. En distintas épocas figuró al frente de tan importante Secretaría. Su labor en la prensa y en la organización de los gremios obreros, fue muy estimada entonces. En 1916 estuvo encargado interinamente del Gobierno de Sonora y de su progresista administración se recuerdan: la Cámara Obrera, que fundó con el aplauso de las organizaciones obreras de todo el mundo; los caminos vecinales que construyó; el impulso decidido que dió a la educación popular; y el tino que manifestó al presidir las elecciones para poderes locales.

Terminada su gestión gubernamental de Sonora, don Adolfo fue nombrado Cónsul de México en Nueva York y su actuación se recuerda con gratitud en la metrópoli norteamericana, donde trató a todos los compatriotas como mexicanos, sin distinguir colores políticos. Estando él en Nueva York, en Sonora lo elegimos Senador; y actuó algún tiempo en la alta Cámara, como nuestro Representante. En abril de 1919, con una mayoría aplastante, triunfó como Gobernador de Sonora, gracias a los esfuerzos del Partido Revolucionario sonorense y de los gremios obreros, que supieron enaltecer sus merecimientos y lograron una brillante victoria.

Diputados y Senadores se acaban de reunir en la Cámara para designar un Presidente provisional en los difíciles momentos porque atraviesa nuestro país. La enorme mayoría que obtuvo De la Huerta, es una prueba elocuente del prestigio y de la popularidad de que goza. Son grandes las responsabilidades que contrae con su designación; pero, para salir avante, le valen sus virtudes cívicas. Nunca ha sido militar; pero ha estado en los combates, alentando a los soldados del pueblo y animándolos con su ejemplo. Adolfo es un gran bueno. Su honradez corre parejas con su gran corazón. Es capaz de todos los sacrificios por realizar un alto ideal. Su inteligencia es clara. Le preocupa hondamente el porvenir del país. Estoy seguro de que será un buen Presidente, un Presidente modelo: como antes fue un Gobernador ejemplar. Alguna vez se apreciará mejor su honradez quijotesca y las virtudes de su vida privada. De la Huerta no teme la frase aquella: "Los hombres públicos no tienen vida privada." A orgullo tiene que se conozca su vida íntima.

México tendrá, desde el 1o. de junio entrante, un Presidente salido del pueblo, por la voluntad popular, y que se debe todo a sus conciudadanos. El hombre puro que va a regir sus destinos es digno de salir sin tachas en el desempeño de la magna empresa.

Su interinato pone a prueba sus dotes de estadista y de político y yo no dudo de que sabrá sobrellevar la pesada carga, valiéndole para ello la imponderable fuerza de sus virtudes. Ahora resaltará mejor la modestia de Adolfo de la Huerta. Ahora se sabrá cuanto pueden hacer una inteligencia y un corazón honrados, puestos al servicio de la patria.

El interinato de Adolfo de la Huerta asegura la transmisión pacífica del poder público en nuestra nación. Nadie duda de la buena fe del Presidente provisional. Labor de concordia y de unión será la que realice el Gobernador de Sonora, electo temporalmente para regir los sagrados destinos de México. Esperemos en que De la Huerta se hará digno de la confianza que sus conciudadanos depositaron en él. Sus limpios antecedentes garantizan nuestra esperanza.

Asuntos de Hispano América

JULIO R. BARCOS

La Revolución de Guatemala no fue sólo obra de Políticos

Uno tras otro se van los tiranos....! La América Española ha sido durante una centuria de independencia, tierra fértil en caudillismos más o menos salvajes, de cuyo tronco arrancan en frondosas ramas tantos tiranos simiescos y tantas oligarquías más o menos dictatoriales y tenebrosas como han tenido y tienen al frente de sus destinos estos veinte países que exhiben pomposamente en su portada el título de «Repúblicas». Pero, indefectiblemente, el mundo se achica para los déspotas a medida que se agranda para la libertad. Y como jamás los derechos del hombre se abrieron camino con la pujanza y el universal prestigio con que los vemos avanzar en esta enorme contienda reivindicatoria del siglo, lógico era suponer y esperar que los pueblos semidesbarbarizados de nuestro Continente, despertarían, también, a la libertad y romperían las cadenas hoy, de su esclavitud política y mañana, de su servidumbre económica.

La Revolución de Guatemala que ha dado por tierra con uno de los tiranos más inteligentes y siniestros que se han sobrevivido en

nuestra América, el Licenciado Manuel Estrada Cabrera, de quien se pudiera decir que tuvo alianza con el Diablo, pues la muerte lo respetaba siempre que la conspiración y el atentado quisieron librar al pueblo guatemalteco de tan odioso déspota, ha sido una revolución muy diferente a todas aquellas revoluciones políticas cuyo único ideal fue, invariablemente, bajar a tiros al caudillo A para elevar al poder en la misma forma al caudillo B. En este caso el pueblo no se ha hecho matar por ningún caudillo ni por ninguna bandera partidarista de política aldeana. Sólo ha querido librarse a cualquier precio de esa lápida ignominiosa llamada despotismo que al servilizar un pueblo termina por degradarlo y eunuquizarlo cívica e intelectualmente. La Revolución guatemalteca ha sido un reflejo de la Revolución costarricense que el año pasado acabara con la dictadura de los hermanos Tinoco, aunque ha costado más vidas y sacrificios desarraigar del poder a Estrada Cabrera después de veintidós años de haberse perpetuado en él, que a aquellos otros dos imbéciles encaramados por un acto de traición y banditismo, de la noche a la mañana, en amos sin control del pueblo más civil de Centro América.

En una y otra revolución han intervenido por primera vez factores sociales nuevos en la historia de estos países, producidos por los elementos renovadores de la cultura moderna de que empieza a impregnarse la espiritualidad hisapo-americana. Ejemplo: la revolución de Costa Rica fue iniciada por un grupo de hombres con rifles y metralla y ganada por las mujeres y los niños con el poder de su debilidad exaltado en forma de patriotismo libertario, echándose a la calle a protestar, incendiando periódicos servidores de la tiranía, arengando a los soldados y recibiendo con asombroso estoicismo palos y balas de los esbirros. La Revolución de Guatemala ha sido una segunda edición de estos trágicos acontecimientos, con la diferencia de que en esta última intervinieron además los trabajadores de ideas revolucionarias y que la lucha resultó más cruenta por ser el enemigo más fuerte y sanguinario, de tal modo, que para coger la fiera en su cubil fue menester que la sangre de las mujeres inmoladas en aras de la libertad, se mezclara en la vía pública a la sangre de los hombres. Ya tenemos, como se ve, en estos jóvenes pueblos de nuestra raza una tradición nueva, digna de la aurora libertaria de este siglo XX en que nos ha tocado en suerte y nos tocará todavía presenciar la realización de las mesianicas utopías de la justicia humana. Esa tradición es el despertar de las mujeres criollas del orientalismo doméstico que las convertía en nuestras esclavas para incorporarse a las mil actividades humanas de la vida moderna que las convertirá gradualmente en las inteligentes y emancipadas colaboradoras del hombre. Por este noble aspecto social y no por su aspecto político es que me interesa y me alegra el triunfo de la Revolución guatemalteca. La caída de Estrada Cabrera poco o nada significaría si el esforzado pueblo guatemalteco después de haber roto aquellas cadenas cayera bajo la tiranía de un grupo de privilegiados encargado de mantenerlo en la misma opresión económica en que ha vivido sumido durante un siglo. No es la cabeza del déspota lo que debe pedirse ahora sino la abolición de un régimen político-económico, peor que el régimen feudal, bajo el cual ha permanecido subyugado durante una centuria el pobre, desnudo, esclavo y miserable pueblo trabajador de Guatemala.

Dos millones de indios destinados como simples bestias de carga, peor que en el tiempo de las encomiendas durante los primeros años de la conquista, al servicio de unos cuantos miles de blancos dueños de la tierra, dueños de la industria y dueños feudatarios de la nación... he aquí el terrible y odioso cuadro social que presenta al mundo civilizado aquel desdichado pueblo. ¿Se preocuparán los líderes de la Revolución de convertir a esos dos millones de parias que forman la inmensa mayoría del país, en hombres libres, librándolos de la abyección de su ignorancia y su servidumbre? Si es así, ¡Viva la Revolución de Guatemala! Pero si la tiranía sólo va a cambiar de forma y de nombre, ¡guerra a los nuevos opresores del pueblo!

¿Quién es Alvaro Obregón?

El poder impopulariza a los hombres haciéndolos conservadores, es decir, sustrayéndolos poco a poco al proceso de la evolución social del mundo en que viven.

La evolución que se ha operado en México durante estos últimos cinco años ha sido realmente extraordinaria. El general Carranza, hombre probo, valiente y relativamente avanzado en sus ideas políticas y económicas, había resultado, sin embargo, al final de su gobierno, rezagado con respecto a la rápida evolución intelectual que se ha operado en su país. Así es como logro explicarme el hecho doloroso de su desaparición y su muerte, para ceder el paso a otro líder político que arrastra con la divisa de su nombre el voto y las simpatías de las grandes masas populares, especialmente entre los trabajadores y la juventud estudiantil. Me refiero al señor Alvaro Obregón, candidato a

la presidencia de la República, resistido por el General Carranza,, hoy dueño del terreno, al parecer. Carezco de los elementos de información exacta sobre la personalidad e ideales políticos del señor Obregón y no quiero ni puedo honradamente emitir en tales circunstancias un juicio afirmativo en pro ni en contra. Sus amigos me han contado algunos rasgos biográficos que lo pintan como a un tipo de hombre integral, que se ha forjado solo en lucha abierta con todas las circunstancias adversas de la vida, que desde su humilde condición de obrero se fue elevando intelectual, social y políticamente, hasta convertirse en un factor poderoso de la revolución constitucionalista como brazo derecho

GRAL ALVARO OBREGON

del General Carranza, y ponerse, finalmente, frente a frente de aquel Jefe de la nación para vencerlo por la fuerza de las armas como ya lo había vencido por la fuerza de la popularidad. Pero tales datos que pintan el carácter de un caudillo son insuficientes para poder formarnos un concepto de sus ideas de gobernante. Se le atribuyen al General Obregón ciertas ideas radicales de sociología práctica, tales como la socialización de la tierra rural y la formación de municipios libres algo parecidos a los soviets rusos. ¿Qué hay de verdad en todos estos decires? ¿Cuáles son los propósitos en términos concretos que constituyen el programa de gobierno de don Alvaro Obregón? Cuando estemos en posesión de tales datos, tendremos para el futuro presidente de México, (la única República hispano-americana que está ensayando hoy instituciones libres de una democracia social avanzada) una opinión de franco entusiasmo o una crítica honradamente adversa, según nos parezca un reformador o un retardatario.

Democratización y socialización de la enseñanza en Costa Rica

Ningún país de América, desde Argentina a México, puede exhibir un sistema de administración y dirección de la enseñanza tan moderno, tan lógico, tan democrático y tan eficiente como el que acaba de adoptar para todas sus escuelas y colegios la República de Costa Rica.

El país tenía una deuda de honor con el Magisterio, porque éste había sacudido con su ejemplo cívico la conciencia entera de la nación, como promotor de la semana trágica del mes de junio que precediera a la caida del dictador. Y tocó al Gobierno provisional del Licenciado Aguilar Barquero, especie de patriarca tolstoyano, cuyo nombre glorifican hoy sus compatriotas, saldar esa deuda dando oportunidad para que los maestros legislaran por primera vez sobre los asuntos de la instrucción pública. Dispensóseme el honor al llegar a Costa Rica de incorporárseme como Secretario de la Comisión Codificadora de la Enseñanza que acababa de ser designada entre los elementos más distinguidos del profesorado, y es así, como tuve la fortuna de vincular mi nombre a una obra sociológico-educacional que conceptúo tan importante como la construcción del Canal de Panamá, para la evolución cultural de estos pueblos. Es de advertir que el Magisterio costarricense, compuesto en su inmensa mayoría de mujeres de la clase media y de la alta clase social, constituye el exponente más elevado de cultura y moralidad cívica del país. Maestros de escuela son los representantes más vigorosos de la intelectualidad tica. Un maestro es el mejor divulgador de las ideas modernas y el más honesto de los pensadores: Joaquín García Monje, y una maestra, es quien lleva el cetro de las letras nacionales: Carmen Lira. Pero estos nombres no están aislados como picachos solitarios de la intelectualidad. Hay un núcleo cada día más numeroso de talentos originales e independientes tanto masculinos como femeninos, que constituyen la fuerza espiritual dinámica del gremio. Con tales elementos, era factible construír un sistema técnico administrativo de la enseñanza que consultara los verdaderos intereses de la educación popular,

francamente desvinculados de los intereses personalistas de la política perturbadora. Organizar la dirección y el gobierno de la enseñanza de manera que ésta no quede librada al azar de las mareas políticas como una barca desarbolada, sin otro timonel que la vanidad ególotra de un ministro y otro ministro que por rara casualidad saben algo de lo que tienen en sus manos, fue el problema que se plantearon los reformadores. Por la nueva Ley de educación, obra exclusiva de los maestros, de cuyo proyecto primitivo fueron autores dos pedagogos muy ilustrados.

consultas que hagan las autoridades escolares en materia de su competencia y señalar las arbitrariedades que pudiera cometer el Consejo Nacional de Educación. También se crea una OFICINA EXPERIMENTAL DE INVESTIGACION Y ESTADISTICA que tiene por objeto el estudio de los problemas sociales relacionados con la educación popular y destinada a servir de fuente de información a los intitutos nacionales. Para evitar que las rentas destinadas a la educación sean malversadas o distraídas en otros gastos de la administración pública, como suele ocurrir

descanse en una base sólida, se ha creado un sistema de rentas escolares que duplica los recursos destinados exclusivamente a la educación. Muchas otras cosas bellas, difíciles de enumerar en estas notas breves, contiene el nuevo Código de la Instrucción Pública de Costa Rica. Pero basta y sobra con lo que antecede para sacar en limpio esta gran verdad: que es una pequeña República centroamericana la que se ha colocado de un salto en materia de educación, a la cabeza de las naciones de Hispano América.

Impresiones sobre la política cubana

Con el deseo de poder decir algo sobre la vida intelectual y política de cada una de nuestras repúblicas hispano-americanas, abordamos aquí a un distinguido periodista cubano sobre las cosas actuales de su tierra.

Preferimos dar una síntesis de nuestra plática con el inteligente colega, tanto para no adulterar detalles de su información cuanto para trasladar a estas páginas el lenguaje netamente cubano en que el interlocutor nos hiciera sus confesiones.

—Es interesante en su país la actualidad política?

—Es lamentable! Suenan los nombres del General Montalvo, candidato conservador, que parece ser el apoyado por el Gobierno de Menocal, sobre todo si se tiene en cuenta que el periódico subvencionado gobiernista «El Día», que dirige Sergio Carbó, un arrivista, lo apoya.

Montalvo significaría la continuación de la política de Menocal: de concesiones fáciles a las empresas americanas; la de "la vista gorda" a lo que no conviene ver, que es recompensado en la política de los Estados Unidos por el sostenimiento en el poder.

—¿Y los otros candidatos?

—Otro candidato es el liberal, General José Miguel Gómez, ex-Presidente en el período de 1909 a 1913, hombre de cierta popularidad que subió pobre al poder pero salió millonario. No representa ideales nuevos ni viejos, sino polltiquilla arrastrada: seguirá enriqueciéndose si sube y enriquecerá a sus amigos. La voluntad de los americanos (a pesar de haberse arrastrado hasta pedir la Intervención y hacer llegar a Crowder para reformar la Ley Electoral e implantar el sufragio directo por cédulas) no le es muy propicia, por lo cual es probable no suba; sin embargo, es el que más votos reunirá (?!) El elemento de color lo odia y se ha ido del lado de Menocal por la razón sencilla de que durante su período se hizo la famosa campaña contra los negros.

—¿No hay más aspirantes al poder?

—Sí, hay otro candidato que está haciendo politiquilla desde la Presidencia, es el viejo General Emilio Núñez: una calamidad, un hombre sin sexo intelectual, un político de «seriedad», de intereses creados, de «tradiciones». Entre tres generales, pues, anda el juego: «¡política de chafarote»! Pero hay un candidato más escondido: el doctor Alfredo Zayas, liberal de abolengo que ahora hace una escisión del Partido Conservador y se erige en Jefe de un partido político sin ideas.

¡Ese es el tinglado político de mi patria! —remató nuestro inteligente colega con una mueca de irónico escepticismo.

No nos conformamos con la vulgar y mediocre película de la política burguesa cubana y continuamos interrogándole:

—¿Es verdad que la situación económica del pueblo cubano es sorprendente?

—La riqueza de Cuba vista sin ahondar, así por encima, es inmensa. El azúcar se cotiza en Nueva York a veinte ventavos oro la libra; la zafra de este año es de cuatro millones y pico de toneladas: ¡Millones y millones de dólares como lo ve! Pero esos millones no son para el pueblo cubano: eso es mentira: Cuba y sus caudales de azúcar, su imponderable riqueza, son de empresas extranjeras: las industrias son de fuera; las acciones se cotizan en Nueva York. Los millonarios criollos son muy pocos en relación con la enorme productividad del suelo de la isla. La riqueza está circunscripta a dos o tres grandes «trust». Mucho de lo del movimiento que pasma al viajero en la Habana, es artificial. El pueblo está descontento, el obrero continúa siendo expoliado, la vida está por las nubes, inverosimilmente cara. La vida feliz es para el millonario extranjero. ¡Amigo mío, hay mucho de novela en los millones que se ganan en Cuba, créamelo usted!

—¿Y las organizaciones obreras...?

—Los obreros están mal organizados. Lo prueban las mismas huelgas estúpidamente dirigidas, con las que no se consiguió nada, absolutamente efectivo. Desde el mes de marzo se trató de la formación de un Partido Obrero y, cosa extraña, lo favorecieron y prestigiaron elementos que no podía pensarse se pusieran de su parte. En los periódicos, por ejemplo, «El Mundo» llevó la batuta. «El Mundo» es empresa americana, de intereses comerciales, a la manera de Trust, el clásico sistema yanqui. Si usted quiere reproducir algunos conceptos de los editoriales que este periódico ha publicado sobre el surgimiento de un Partido Obrero, aquí tiene usted dos o tres artículos muy sensatos. Cogimos los recortes con que se nos obsequiaba

y de uno de ellos reproducimos los siguientes párrafos que acaso podrán dar una idea aproximada al lector de lo que en esta materia se piensa y ocurre en la tierra de Martí y Maceo:

"En Cuba hace falta el avance generalizador de las corrientes modernas. No es preciso el soviet. Lo que es preciso, lo que es indispensable, es que el pueblo disfrute de un mayor bienestar, de una mejor comodidad. Deslizamos nuestra existencia envuelta en una miseria dorada. Se oyen muchas sonoridades, muchas bellas frases, y cualquiera diría que la bendición de Dios ha caído sobre nosotros convirtiéndonos en un Rey Midas. Y no es así. Aquí hay ricos, debe haberlos; pero hay pobres. Que debe haberlos, se nos dirá. Exacto. Sin embargo, esos pobres ya no son los de la clase desheredada del hampa, que nacieron —¡infelices!—para sufrir. Esos pobres no son los vencidos de todas las épocas, de todas las civilizaciones, de todos los núcleos humanos. Esos pobres son ya los que sin llegar a los ex-hombres, que llamó Gorky, luchan, se afanan, crean familias y dan generaciones depauperadas, enfermas, degeneradas. Y esos pobres son los que debieran existir y a los que la sociedad debe atender. Y el Partido Socialista y los Partidos liberales todos buscan con su programa, no la completa felicidad humana; buscan el lenitivo, que no se consigue con prédicas beatíficas ni heroicos preceptos cristianos."

Los dos adversarios.—Quién vencerá a quién

El duelo no era a primera sangre. Era a muerte. Son dos enemigos—el sistema capitalista y el sistema sovietista—que no caben los dos en el mundo. O el capitalismo devora al sovietismo y sigue solo en su viejo negocio de fabricar pobres en el interior de cada país y atrapar colonias y fomentar guerras en el exterior, o el sovietismo se esparce definitivamente por el mundo y nos trueca, de salteadores, timadores o mendigos que somos hoy, en hombres libres y limpios de corazón que cooperan inteligentemente al fin común de intensificar y embellecer la existencia. No caben fórmulas de transacción. Veamos ahora en qué estado se encuentran los dos formidables contendientes.

Recapitulando cuanto sabemos acerca de las ganancias y pérdidas de cada uno de los dos adversarios internacionales, encontramos que sólo hace ocho meses más o menos la Rusia Soviet se hallaba, en su frontera oriental, engolfada en una guerra con seis naciones a un tiempo; Finlandia, Estonia, Letvia, Lithuania, Polonia y Ukrania, naciones cuyos

NIKOLAI LENIN

El estadista más genial que existe hoy en Europa.